



Unas elecciones municipales libres,
y en Madrid va a ser difícil
que juegue el caciquismo,
van a arrebatar al señor
Arespacochea su cargo,
que jamás debía haber ocupado.

La revolución municipal

Chirac con Giscard por el control de la mayoría se ha planteado en la elección a la Alcaldía de París, lo han sido anteriormente en Italia, donde el dominio de la izquierda —comunistas y socialistas— en un elevadísimo número de municipios viene a corregir lo que artificialmente se enmascara en el Parlamento. Lo fueron en España en tiempos pretéritos: unas elecciones municipales en abril de 1931 decidieron un cambio de régimen, un paso de la Monarquía a la República por una decisión mayoritaria de la nación, gallardamente aceptada por el Rey y por los cortesanos, sin que hasta la fecha ninguna votación pública haya manifestado un cambio popular de opinión.

No podrían tener ahora ese valor las elecciones, porque no es ese tipo de Institución la que se discute en el país. Pero pueden tener un valor decisivo de renovación. Y, sobre todo, de destroz de unas estructuras que han sido nefastas. La izquierda las desea ya porque cree que su número de votos va a verse muy acrecentado. En toda la izquierda, y muy notablemente en el Partido Comunista, existe la impresión de que si se repitieran las elecciones generales ya, el número de sus votos se vería aumentado por una razón psicológica: porque la izquierda ha comenzado ya a verse como "posible", desvalido en parte el miedo anterior, y porque hacen menos efecto las amenazas y las antipropagandas que pudieron jugar. En el caso concreto de las elecciones municipales, la esperanza de la izquierda y, en general, de los partidos democráticos está muy bien fundada: es en los municipios donde el votante conoce mejor a quién debe borrar para siempre, quién se ha desgastado y en qué manos hay manchas de todas clases, y quiénes ofrecen una esperanza. Las elecciones generales, por ser las primeras y por la falta de mecanización política de los partidos, han presentado nombres que muchas veces han sido desconocidos para los electores. En las municipales van a votar o van a derrotar a quienes conocen, por lo bueno y

por lo malo. A sus convecinos. Durante largos años, el poder de la gran derecha se ha ejercido sobre los municipios, por la vía de los alcaldes y los concejales designados o irregularmente elegidos, y los resultados están a la vista.

Va a ser más difícil a los maquinadores de nuestro tiempo enmascararse en estas elecciones. Si se celebran con honestidad y con rigor, las van a perder ruidosamente. Y hay que pensar ya que esa derrota equivale a una revolución, y por lo tanto va a ser cuidadosamente y enérgicamente planteada la contrarrevolución. Una gran parte de municipios, sobre todo los de las grandes ciudades, han sido el elemento más visible de la corrupción profunda, a partir de la especulación del suelo que ha destruido el urbanismo como forma de convivencia, y sobre todo también en lo referente a implantación de industrias. Las licencias municipales, los impuestos, los permisos, los favoritismos, las represalias y en suma todo el gran orden del caciquismo han tenido su asiento en las ciudades, villas y pueblos de nuestro país. Una renovación de los municipios por vía electoral limpia, y jugando ya la política y los programas municipales concretos, las denuncias de los abusos, las acusaciones contra el arbitrio, pueden cambiar concretamente con una infraestructura de corrupción. Pueden destruir el mundo de los negocios sucios, y aun el de los que bondadosamente podríamos considerar como semi-sucios, al hacer concesiones y licencias a los amigos y no a los mejores, aun dentro de una aparente legalidad. La riqueza puede cambiar de manos. Y el abuso de poder puede hundirse en una escala que ha afectado directamente al vecino.

Por esa misma razón, es en los municipios donde aparecen con mayor fuerza los caciques y sus resortes de poder paralelo o subterráneo. Está intacto, o casi intacto. Todas las reformas habidas hasta ahora, reales o ficticias, lo ha dejado impune. La lucha que va a tener el censo de caciques, apoyado por toda una fuerza de acólitos, de inte-

Las elecciones municipales están relativamente próximas: el presidente del Gobierno las sitúa lo más tarde en enero, y el jefe de la oposición, don Felipe González, reclama que se hagan cuanto antes. Van a tener, por lo que se supone, una importancia decisiva en la política nacional. Comienzan ya a escucharse las primeras voces de lo que luego será un concierto acerca de la "despolitización" de las elecciones municipales, y las clásicas advertencias de que lo que se juega en ellas son intereses locales y no política de partidos. Estos despolitizadores del municipio serán aquellos mismos que convirtieron el municipio en el centro de toda la política y que ahora, por la consagración de la caradura, como gran metafísica del país, son definidores y hasta celosos guardianes de la democracia. La base anterior del régimen situaba al municipio como una de las "células básicas" —con la familia y el sindicato— de la nación y mantenía la curiosa doctrina —que hemos oído todavía en la reciente campaña electoral por los grupos de corte fascista— de que es una institución "natural": "El hombre nace en una familia y en un municipio, pero no en un partido político". Para Franco, el Ayuntamiento era "la institución más antigua de la nación" y por lo tanto es en ella donde "deben estar mejor representados los intereses de los distin-

tos sectores de los pueblos y la primera rueda en las tareas administrativas de la nación". Años más tarde de esa frase, decía: "Los municipios son la realidad más viva de la política, la que más directamente interesa, su más clara expresión. Si la política de la nación es una ficción, los municipios serán una ficción también al no satisfacer los anhelos de los individuos, del servicio a la comunidad. Toda la vida de nuestra hora está impregnada de ansias sociales, de afanes de justicia y, por tanto, no puede existir una buena política municipal, una perfecta administración que no responda a estas realidades, que no se levante sobre una base social, sirviendo al interés común, a los anhelos de todos, haciendo más perfecta la vida municipal y no divorciándola de las realidades del país, de esa convivencia de las familias, de los anhelos de todas las entidades donde el hombre naturalmente se asocia". Estas palabras de Franco en 1955 tienen mayor valor en 1977, ya sin Franco, como introducción a las verdaderas elecciones municipales para elegir unos verdaderos municipios. Y unos auténticos alcaldes. Todo lo cual podrá ocurrir si esas elecciones no se falsean.

Las elecciones municipales son, por lo tanto, políticas. De alto valor político. Lo han sido recientemente en Francia, donde la disputa de

